

Por tales razones, el libro de Ibáñez es una valiosa herramienta para apreciar cuán diferente es la concepción de ciencia y, más allá, la concepción del mundo que subyace a la dinámica no lineal. Como señala Ibáñez, “La nueva ciencia del caos no implica el fin de la ciencia, sino un nuevo comienzo” [p. 28]. El libro justifica tal afirmación de manera excelente.

Víctor M. Longa

Universidad de Santiago de Compostela

Plaza Isabel la Católica, 2, 2º E, 36204 Vigo, España

E-mail: victormanuel.longa@usc.es

The Wounded Animal. J. M. Coetzee and the Difficulty of Reality in Literature and Philosophy, de STEPHEN MULHALL, PRINCETON, PRINCETON UNIVERSITY PRESS, 2009, 259 pp.

Stephan Mulhall analiza la postura del Premio Nobel de Literatura sudafricano en 2003, J. M. Coetzee (Ciudad del Cabo, 1940), en la disertación que pronunció en 1997 en las “Tanner Lectures and Human Values” de la Universidad de Princeton, sobre el tópico del animal herido, también recogido posteriormente en *The Lives of Animals* (Princeton University Press, 1999), así como en otras obras dedicadas a su *alter ego* filosófico, la académica Elisabeth Costello, en *Elisabeth Costello. Eight Lessons* (Secker and Warburg, Londres, 2003). En todas estas ocasiones Coetzee quiso denunciar un malentendido que a su modo de ver se ha perpetuado entre los grandes filósofos, desde Platón a Kant, Hegel o Wittgenstein, sin que al parecer nadie hasta el momento presente haya hecho el menor esfuerzo por corregirlo. Se trata de la presunta demarcación entre los límites del lenguaje animal y el humano que la filosofía y la teoría literaria suelen establecer con total impunidad, prejuzgando el valor narrativo, el realismo o la presunta responsabilidad ética contraída por el uso compartido de unos similares artificios comunicativos, sin deslindar los respectivos cometidos, invadiendo competencias ajenas. A este respecto el lugar paradigmático donde se habría introducido por primera vez un malentendido de este tipo ahora se sitúa en *La República* de Platón, cuando se atribuye a la filosofía una exacta valoración realista de los artificios narrativos del lenguaje humano, mientras que se posterga a los poetas y artistas por recurrir a simples simulacros pseudo-imitativos degradados similares a los utilizados por los animales.

Por su parte el debate contemporáneo acerca del pretendido realismo del lenguaje animal y humano experimentó un giro ético cuando Wittgenstein en *Investigaciones filosóficas* y Heidegger en *Ser y tiempo*, comprobaron como el recurso en común por parte del hombre y de los animales a este tipo de artificios narrativos característicos de la teoría literaria generaba a su vez un problema filosófico aún más decisivo: la necesidad de otorgar al comportamiento animal y humano un estatuto moral diferenciado, o por el contrario indiferenciado, en virtud de los distintos artificios narrativos utilizados a la hora de referirse de un modo gradual, ya sea a una convicción irrefutable (1), a una creencia colectiva (2), a un simple instinto genéticamente innato

(3), o a un comportamiento simplemente anodino, mecánico y simplemente gregario (4), como ahora se pone de manifiesto a través de numerosos ejemplos, comportamientos particulares o vivencias existenciales. Por su parte Wittgenstein añadiría la necesidad de corroborar tal adscripción meramente psicológica mediante el consiguiente experimento mental, por ser el requisito mínimo para poderse hablar de un comportamiento efectivamente moral, inmoral o simplemente amoral, como de un modo paradigmático ocurre en la separación entre el aprendizaje humano y animal del lenguaje. Heidegger, por su parte, también prestó especial atención al análisis del lenguaje anónimo degradado humano, llegándole a otorgar en determinados supuestos un valor comunicativo y ético inferior al del animal, aunque en su caso se recurra más a vivencias existenciales que a experimentos mentales, como también ocurrió en Kafka. En cualquier caso las propuestas de Wittgenstein y Heidegger generaron una polémica estrictamente literaria que a su vez dio lugar a tres posibles posturas:

a) El incompatibilismo lingüístico de Onora O’Neil, Jeff McMahan y Elisabeth Anscombe, cuando rechazaron la posibilidad de un tipo de artificios narrativos intencionales específicos de los animales. En su opinión, aceptar esta posibilidad supondría cuestionar la creatividad comunicativa en exclusiva, así como el estatuto moral diferenciado, que tradicionalmente los filósofos han atribuido de forma prácticamente unánime a los seres humanos [*Journal of Philosophy* 77 (1980); *Philosophy* 61 (1986)]. Según los incompatibilistas, no se debe recurrir a los experimentos mentales usados por Wittgenstein a la hora de atribuir a los animales un realismo narrativo o un estatuto moral diferenciado, cuando en la práctica hay otros procedimientos mucho más directos para tratar de justificar el tipo de conciencia moral que al hombre le corresponde, a saber: llevar a cabo un análisis introspectivo de los problemas morales efectivos sobre los que se debaten los respectivos personajes literarios a través de la reconstrucción de los posibles artificios narrativos usados en su transmisión. Sin embargo este procedimiento resulta de imposible aplicación al lenguaje animal, teniéndose que conformar con atribuirle una forma meramente metafórica, dado que desde este punto de vista el lenguaje animal no existe.

b) Por otro lado, el compatibilismo lingüístico indiferenciado de Cora Diamond, Thomas Nagel, Peter Singer o el propio Coetzee, cuando se hicieron eco de las tesis de Stephen Clark en *El estatuto moral de los animales* (*The Moral Status of Animals*, Oxford University, 1977), así como de las interpretaciones que Stanley Cavell hizo a este respecto de Wittgenstein (*The World Viewed*, Cambridge University, 1971; *Philosophy and Animal Life*, Columbia University, Nueva York, 2008). En todos estos casos se prolongaron el anterior método del experimento mental propuesto por Wittgenstein en *Investigaciones filosóficas* para justificar también una posible comunicación entre los diversos niveles de lenguaje, así como el peculiar realismo y la subsiguiente responsabilidad ética asignada en cada caso, sin que ya se pudiera establecer una demarcación nítida entre el lenguaje animal y el humano. Es más, ahora se compartió la posterior denuncia de Diamond acerca del multiseccular olvido por parte de la tradición filosófica de las peculiaridades narrativas del lenguaje animal, a diferencia de lo que habría ocurrido en la crítica literaria contemporánea, habiendo quedado recogida su propia postura en una obra colectiva que se le dedicó (Crary, A., ed.; *Wittgenstein and the Moral Life. Essays in Honour of Cora Diamond*, MIT Press, Boston, 2007).

c) Finalmente, el compatibilismo gradual del propio J. M. Coetzee, ya sea por sí mismo o a través de su “alter ego” filosófico, la académica Elisabeth Costello, tratando de mediar entre ambas posturas, con una propuesta muy original, a saber: la justificación de un nivel biológico protolingüístico básico que, como sucedería en el caso del animal herido, permitiría fundamentar los artificios narrativos comunes al lenguaje animal y humano, sin admitir la postura radicalmente incompatibilista de O’Neil. Pero una vez aceptado este compatibilismo básico, Coetzee también defendió en “Las vidas de los animales” la posible existencia de diversos niveles narrativos plenamente autónomos y con sus artificios narrativos específicos, que a su vez pueden generar un conjunto de problemas diferenciados estrictamente filosóficos acerca del pretendido realismo o incluso de su posible sentido ético, sin poder ya dar una misma respuesta común a todos. En cualquier caso Coetzee en *Elisabeth Costello. Eight Lessons*, tampoco aceptó plenamente la postura compatibilista continuista de Diamond, Nagel y Singer, por opinar que la valoración realista o antirrealista de los artificios narrativos del lenguaje humano y animal, así como la asignación de un estatuto moral diferenciado, es un problema estrictamente filosófico que desborda las posibilidades de la crítica literaria.

De este modo Coetzee pasaría a defender un compatibilismo gradual o por niveles, donde no se debe confundir nivel anterior biológico o prelingüístico común al hombre y al animal, con el nivel específico que a cada uno de ellos les corresponde. Además, en su opinión, tanto las posturas incompatibilistas como las compatibilistas indiferenciadas adolecen de un común malentendido, a saber: pretenden utilizar el alcance comunicativo otorgado a unos determinados artificios narrativos; ya sean animales o humanos, para justificar el supuesto realismo de una sobreentendida conciencia ética, sin advertir la complejidad de los problemas filosóficos generados por este tipo de propuestas. En cualquier caso a lo largo de la historia del pensamiento ha habido argumentos filosóficos muy precisos que han utilizado la teoría literaria para justificar el pretendido valor narrativo del lenguaje de los sentimientos o del propio lenguaje animal, ya se trate del caso del niño desvalido, del enfermo terminal o del animal herido, sin que por ello se haya asignado en todos los casos el mismo tipo de realismo o el mismo nivel de conciencia ética. Al menos así ocurrió con las numerosas denuncias formuladas por Dickens, Tolstói y otros grandes escritores del siglo XIX respecto del uso meramente fingido de determinados artificios narrativos convencionales, especialmente cuando se usan para alabar la hipocresía de la sociedad victoriana, mostrándose claramente a favor de la sinceridad de los artificios narrativos intuitivos propios de los sentimientos, a pesar de tampoco poder otorgarles el máximo nivel de realismo o de responsabilidad ética. En este sentido nunca han sido sencillas las relaciones entre el lenguaje y la realidad, tanto por parte de la teoría literaria como por parte de la filosofía, ya se habló del lenguaje animal, del infantil, del enfermo terminal o del estrictamente humano adulto.

Por su parte Coetzee, a través de su “alter ego” filosófico, la académica Elisabeth Costello, se reafirmó en su anterior compatibilismo gradual o por niveles, tratando a su vez de terciar entre las ambas propuestas. Por un lado, frente al incompatibilismo de O’Neil, considera que el objetivo prioritario de la narrativa literaria de Henry James, Jane Austen, Tolstói o los grandes novelistas del siglo XIX fue poner a prueba un conjunto de artificios narrativos muy precisos, incluidos el lenguaje de los sentimientos, sin considerarlos ya como un modelo privilegiado que permitiría comprobar el mayor

o menor sentido realista o ético del lenguaje humano respecto del animal. Pero a su vez, frente al compatibilismo indiferenciado de Diamond, Coetzee tampoco admitió que la teoría literaria fuera la que debería determinar el posible sentido realista o el nivel de responsabilidad ética contraído por unos determinados artificios narrativos o la correspondiente conciencia moral, ya sea animal o humana, cuando se trata de dos problemas estrictamente filosóficos que presuponen unos posicionamientos previos muy complejos. De ahí que Coetzee lleve a cabo un desdoblamiento de su propia persona a la hora de abordar este doble tipo de problemas, como crítico literario por un lado, y como filósofo, por otro, inventando un personaje de ficción, Elizabeth Costello, que ahora se presenta como un “alter-ego” de sí mismo. En cualquier caso ahora Mulhall analiza la postura de Coetzee a través de dos partes y trece capítulos:

La primera parte, titulada *La vida de los animales*, Mulhall localiza los problemas filosóficos que, según Elisabeth Costello, generaron los artificios narrativos descritos por Coetzee, cuando trató de compatibilizar algunas propuestas de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein y de *Ser y Tiempo* de Heidegger, a pesar de ser dos filósofos con posturas muy diferenciadas en este tipo de temas. Se analiza especialmente los problemas generados por el peculiar método del experimento mental utilizado por Wittgenstein en las *Investigaciones filosóficas* a la hora de abordar los problemas epistemológicos y éticos generados por los específicos artificios narrativos del lenguaje animal y humano, siempre y cuando sus conclusiones se pudieran corroborar mediante un ejemplo o caso particular. En este sentido Wittgenstein ya hizo notar cómo los distintos artificios narrativos del lenguaje humano y animal consiguen demostrar su versatilidad comunicativa en la medida que generan un peculiar reverberar de los aspectos, como de hecho sucede cuando atribuimos un doble significado alternativamente contrapuesto a la figura y al fondo, con el consiguiente efecto tintineo y el correspondiente ruido de fondo, dando lugar a un proceso comunicativo donde es posible comprobar por cual de estos dos posibles significados se ha optado mediante el correspondiente *experimento mental*. Pero además de localizar este primer nivel estrictamente animal, Coetzee habría compartido los artificios narrativos de escenificación más complejos usados por Heidegger en *Ser y tiempo* para justificar la capacidad narrativa del “Dasein” o “ser-ahí” del hombre, para reconstruir de un modo responsable su propio proyecto vital, o por el contrario para degradarse adquiriendo una forma de lenguaje y de actuar anodina y gregaria inferior a la de los animales. Sólo así Heidegger pudo concebir al Dasein o ser del hombre como un ser para la muerte, con capacidad de apropiarse de su propio destino, pero también de darse un comportamiento totalmente anónimo y reiterativo, recurriendo en cada caso a artificios narrativos totalmente distintos. Coetzee reabrió así en *La vida de los animales* un viejo debate filosófico que desde Platón parecía ya cerrado, pero que hoy día ha dado lugar a las dos posturas contrapuestas antes mencionadas. En cualquier caso para justificar estas conclusiones de dan siete pasos:

1) “Las lecciones de Elisabeth Costello: narraciones, experimentos mentales e interpretación literal”, reconstruye la polémica entre las posturas lingüísticamente incompatibilistas de O’Neil, McMahon y Anscombe; y las compatibilistas de Diamond, Nagel y Singer. Se comprueba así el rechazo o la aceptación en cada caso a los experimentos mentales a la hora de justificar los artificios narrativos usados para expresar la propia identidad, la sexualidad, la lucha por la supervivencia, o la propia mortali-

dad. De todos modos en ambos casos se sacaron consecuencias filosóficas muy subjetivas, sin tampoco justificarlas a partir de un fundamento narrativo proporcionado.

2) “Las lecciones de Elisabeth Costello: Tres filósofos y el número de monos”, se denuncia por incoherentes tres posturas que aparecieron a lo largo del debate: el incompatibilismo teológico de Tomás de Aquino y Anscombe, el compatibilismo relativista de Kohler, y el compatibilismo indiferenciado de Nagel. Sin embargo, según Costello (es decir, Coetzee), ya Kafka habría demostrado que los mayores índices de opacidad, de diferenciación y de locura se dan dentro del propio lenguaje humano. Pero a pesar de esta discrepancia inicial, ahora también se reconocen tres aportaciones solidamente probadas como resultado del anterior debate: a) la ilimitada capacidad de comprensión existente entre los seres animados en general, con independencia de que sean hombres o animales; b) la validez del método del ejemplo o del caso particular para confirmar una determinada capacidad de comunicación mediante el correspondiente experimento mental; y c) la existencia de diversos niveles de racionalidad lúdica sin prejuzgar por ello el posible realismo epistemológico y la autonomía ética que en cada caso se les debería otorgar.

3) “Comida y pensamiento: dos simposios”, analiza las insuficiencias del compatibilismo continuista de Peter Singer, o antes Nagel. Se les reprocha el no haber aportado un fundamento narrativo diferenciado, ya sea de tipo literario o filosófico, sobre el distinto modo de remitirse a la realidad o a la correspondiente conciencia moral por parte del animal y del hombre.

4) “Comida y pensamiento: un tercer simposio”, analiza las pretendidas dificultades que encontraron Cavel, Diamond y McDowell en las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein para conseguir diferenciar el uso realista y el meramente ficticio o literario de este tipo de artificios narrativos; por ejemplo, cuando un nazi compara despectivamente el lenguaje de los judíos con el de un ganado de bestias.

5) “Comida y pensamiento: un huésped no-deseado”, contrapone dos actitudes a la hora de afrontar este tipo de artificios narrativos: las grandes dificultades que encontró Wittgenstein para lograr acceder a la realidad más cotidiana a través de aquel primer tipo de artificios narrativos elementales que serían comunes con los animales; y, por otro lado, la aparente facilidad con que Heidegger asigna al “Dasein” o “ser-ahí” del existente concreto, una capacidad espontánea de escenificar su situación de indigencia en un medio potencialmente hostil, concibiéndose a sí mismo como un “ser para la muerte”, que a su vez es capaz de hacerse éticamente responsable del uso en cada caso dado a los anteriores artificios narrativos, a fin de ofrecer una resistencia numantina a la posibilidad de utilizar un lenguaje anodino, mecánico y meramente repetitivo, inferior al de los animales.

6) “El seminario de Elisabeth Costello: dos poetas y un novelista”, analiza los artificios narrativos usados por los poetas para prestar su voz a los sentimientos animales, o por el novelista para extrapolar la personificación de unos determinados valores morales en un determinado animal, aunque sin tampoco poder evitar la aparición de una actitud animista y pan-psicologista filosóficamente injustificable.

7) “El seminario de Elisabeth Costello: primatología y domesticación, filosofía y teoría literaria”, reconstruye la frecuente personificación literaria de los animales en el mundo de ficción a través de numerosos ejemplos que Costello toma a su vez de Coetzee, sin que por ello salga debilitada su específica referencialidad al mundo natural. En todos estos casos tiene lugar una singular fusión entre fantasía y realidad, entre aprendizaje inducido y espontaneidad natural, considerando que este tipo de bipolaridades deben ser juzgadas en última instancia desde la teoría literaria. Sin embargo ello no impide que simultáneamente se otorgue a determinadas personificaciones animales una clara intencionalidad filosófica, ya sea incompatibilista o compatibilista, continuista o discontinuista, como ahora también sucede en Coetzee, al menos según Singer y en menor medida Garber.

La segunda parte, titulada: “Elisabeth Costello. Ocho lecciones”, se analizan los diferentes niveles de realidad ética y epistemológica a los que Coetzee pudo acceder en *La vida de los animales*. Para abordar este tipo de problemas estrictamente filosóficos, epistemológicos y éticos Coetzee recurre a la diferenciación de niveles lingüísticos que Elisabeth Costello sugirió en sus ocho “Tanner Lectures” acerca de los problemas dejados abiertos por Coetzee, tratando a su vez de evitar la aparición de un relativismo filosófico o meramente moral, aún más contraproducente. Se trata así de mostrar como la teoría literaria se distancia progresivamente de las posibilidades tan anodinas y repetitivas que sigue ofreciendo el lenguaje animal, tratando a su vez de describir los niveles de realidad y de responsabilidad ética cada vez más sofisticados y complejos, aunque sin poder prescindir totalmente de aquel substrato protolingüístico preferentemente animal que le sirve de presupuesto. En cualquier caso no se pretende minusvalorar de las posibilidades comunicativas del lenguaje animal, sino que más bien permite otorgarle una doble función: a) concebirlo como el fundamento biológico protolingüístico común a cualquier forma de comunicación, por complejas y sofisticadas que puedan ser; b) concebirlo como un requisito o condición *sine qua non* que debe cumplir toda forma de encarnación lingüística a través de un artificio narrativo de tipo animal, salvo que pretenda separarse de un modo abstracto del mundo vital del que surgió. Para justificar estas conclusiones se dan seis pasos:

1) “Realismo, modernismo y la novela”, reconstruye la paradoja literaria del género, o más bien del anti-género, novela. En efecto la novela, a pesar de carecer de un rasgo estilístico específico que la caracterice, tiene una capacidad extraordinaria de acumular en sí a todos los demás géneros literarios, habiendo sido el último género en aparecer. Sin embargo, desde *El Quijote*, sigue siendo el género más idóneo para expresar la realidad en toda su complejidad de matices. De todos modos el género novela está imbuido de un peculiar realismo de tipo de-constructivo, fragmentario y superpuesto que caracteriza a la narrativa de tipo teatral y escenificante del espíritu moderno. Hasta el punto que la efectiva recuperación de la realidad ahora narrada exige una previa des-teatrealización o des-escenificación del sentido novelístico que anteriormente se le había superpuesto. Sólo así se puede pretender recuperar a través de este complejo proceso la espontaneidad de la naturaleza o de los artificios narrativos del propio lenguaje animal. Al menos fue así como se pudo seguir hablando del *realismo* de la pintura de Courbet o Manet, al menos según Friedy, o antes Diderot; o del *realismo* de la propia novela moderna, al menos según Eagleton, Watt, Diamond o el propio Coetzee.

2) “El realismo modernista de Costello y Coetzee”, reconstruye el peculiar realismo encarnado de la crítica literaria moderna, incluido Kafka. En efecto, en estos casos a todo artificio narrativo se le exige un efectivo enraizamiento en los modos de hacer de la naturaleza animada o viviente, aunque posteriormente se le superponga un sentido antropológico, teatral o escenificado muy distinto al que originariamente tuvieron. A partir de aquí Costello explica el realismo de-construido, fragmentario y encarnado de muchas de las propuestas de Coetzee en *“La vida de los animales”*, a pesar de darles en cada caso un sentido narrativo mucho más sofisticado.

3) “El cuerpo en África”, analiza el peculiar realismo encarnado mediante el que Coetzee retrató a África. Se analizan así diversas novelas dedicadas a este tópico, ya sea reflexionando sobre las ilimitadas posibilidades literarias que ahora ofrece el contacto espontáneo con la naturaleza, las vivencias del propio cuerpo herido o del mundo natural de los animales. De todos modos también en África también sigue siendo necesario iniciar un proceso de des-teatrealización y des-escenificación de la novelística superpuesta a la narrativa naturalista del cuerpo herido, como en su opinión también debería hacer el cristianismo respecto del cuerpo de Cristo, recuperando así una visión positiva de su ser natural, sin verlo a través de la noción de pecado.

4) “El mal como obscenidad”, analiza el frecuente recurso a la personificación de los animales en el mundo de ficción, cuando en realidad se pretende hablar de un mal radical, por ejemplo de Hitler o el holocausto, dada la obscenidad manifiesta que supondría abordar de un modo explícito un tópico de este tipo.

5) “Dos encarnaciones a lo Kafka”, analiza dos ejemplos de este tipo de realismo de-construido, fragmentario y des-escenificado de la novelística contemporánea: a) “La imposible mecánica del “eros”, donde se justifican las limitaciones evidentes que siempre tendrá que tener la representación de este tipo de tópicos, aunque rayen en la obscenidad; b) “La espera en el puente de Kafka”, donde se justifica como la mayor veracidad de una descripción se logra mediante artificios narrativos indirectos o fragmentarios, como ahora sucede con la propia caracterización del personaje de Elisabeth Costello.

6) “Conclusión: tres post-escritos”, reconstruye tres paradojas del lenguaje literario: a) La paradoja interna o literaria, donde Costello trata de evitar caer en la aridez de lo abstracto mediante la imitación de la espontaneidad del lenguaje animal, aunque sólo lo pueda lograr de un modo indirecto o fragmentario; b) La paradoja intermedia o sociológica, donde Costello trata de expresar los sentimientos más sublimes y divinos para incrementar así su fama académica y publicista, sin tener otro recurso que el lenguaje sobreentendido de los gestos; c) La paradoja externa o filosófica, donde el lenguaje más persuasivo para los hombres debería ser el animal, aunque su comprensión requiera un proceso de de-construcción muy complejo. En cualquier caso el mundo de ficción de Coetzee trata de des-escenificar los diversos modos como el lenguaje humano trata de novelar un lenguaje animal previo, para de este modo comprenderlo, ya se haga de un modo literario o meramente académico.

Para concluir una reflexión crítica. Coetzee ha mostrado la actualidad de una vieja cuestión debatida. A este respecto ha ampliado algunas sugerencias de Gombrich acerca de importancia que la psicología de la percepción y de la imagen en Wittgenstein puede tener para una teoría del arte, prolongándolas a su vez respecto a una posible justificación de los correspondientes niveles de artificios narrativos en la teoría literaria. Además, como también sucedió en Gombrich, ha sabido interpretar el trasfondo filosófico de este tipo de debates, volviendo a recuperar una antigua polémica que parecía olvidada acerca del papel que una correcta interpretación de los artificios narrativos humanos y animales desempeñan en la propia concepción de la propia cultura humana (cf. Ortiz de Landázuri, C.; “Gombrich. Una vida entre Popper y Wittgenstein”, I-II, Cuadernos de la Cátedra Felix Huarte 6-7, Universidad de Navarra, Pamplona, 2003). A este respecto Coetzee considera que hay otras alternativas distintas a la de Nietzsche a los procesos de *des-teatrealización* y *des-escenificación* a que deberían ser objeto de la teoría literaria, como en su caso podrían ser las de Hume, Darwin o el propio Wittgenstein. Pero en ese caso cabría plantearse, volviendo a la cuestión inicial que obligó a replantear este debate: ¿Realmente la gradación de niveles que ahora la teoría de literatura obliga a establecer entre el lenguaje animal y humano, no supone en la práctica una persistencia por razones crítico-literarias aún más sofisticadas de los planteamientos incompatibilistas que inicialmente tanto se han criticado?

Carlos Ortiz de Landázuri
Departamento de Filosofía
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona
E-mail: cortiz@unav.es